

CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL. SIGLO XV

El paso de la Edad Media al Renacimiento se produce en Europa mediante un periodo de transición que viene a coincidir aproximadamente con el siglo XV. A lo largo de este siglo se irá agudizando una crisis de estructuras y de creencias; el esquema social y económico se deteriora, pero, al mismo tiempo, surgen nuevos gustos y valores vitales que abrirán horizontes prometedores.

Socialmente, la historia de estos años se caracteriza por la ascensión de la burguesía como clase y los cada vez más enconados enfrentamientos entre la monarquía y la nobleza más poderosa. La burguesía intentará alcanzar con el trabajo y el dinero el nivel aristocrático que admiran y que la sangre no les ha concedido; así, tienden a transformarse en una nueva aristocracia que pretende heredar los privilegios de la vieja. Es el pueblo el que sufrirá la crisis económica, las luchas del rey con los oligarcas y las epidemias. Se produce la descomposición del mundo feudal, la cual por una parte traerá consigo un mayor dinamismo frente a la rígida pirámide estamental de la Edad Media, pero también una angustiada inestabilidad y una obsesionante evidencia de que todo es caduco y fugaz; este sentimiento de inseguridad provocará en unos el desengaño, pero en otros estimulará el goce de cada momento.

Por otra parte, la religión, aunque no perderá su importancia como institución social, dejará de ser la panacea que explica y preside cualquier aspecto de la vida; a lo largo de este siglo, el clero irá acrecentando su falta de espiritualidad al tiempo que en lo terrenal afianza su poderío. Estos dos hechos, la pujante influencia de la burguesía en los asuntos públicos y la vaciedad de la religión como remedio para las dudas y guía de las almas, contribuirán decisivamente a que se produzca una profunda transformación **cultural**, que se manifiesta en el cambio de enfoque en las concepciones vitales y en las tendencias artísticas. La visión del mundo terreno como estadio purificador por el cual el alma debe pasar para llegar a su verdadero destino se resquebraja. Lo material y lo espiritual se mezclan, la cultura se vuelve, en cierta medida, laica, el arte se acerca a la realidad y el rígido universo de dogmas, ideas y símbolos se rompe. Surgen además nuevos caminos para solucionar las permanentes angustias del hombre. Por una parte, la muerte se personifica y adquiere la categoría de mito; ya no es la enviada de Dios, que alivia el alma de los sufrimientos en este valle de lágrimas; los hombres se vuelcan en muchas ocasiones en el disfrute del placer, mientras teme a la muerte, a la que se conjura haciéndola corpórea, esqueleto macabro, caballero invencible o dama misteriosa; una muerte que es igual para todos y, por lo tanto, justa

e insobornable, convirtiéndose así en el postrero instrumento de venganza para los desahuciados; de ahí el apogeo que alcanzarán en este siglo las "Danzas de la Muerte". Por otra parte las minorías intelectuales y sociales buscarán en la "fama", en la gloria celeste pero que perdura, un remedio ante la amenaza de la nada; la fama ante la inseguridad de la existencia inmortal prometida por la religión, supone un consuelo en que apoyarse. Por eso los grandes y adinerados procurarán perpetuar su semblanza humana y quedar en la memoria de los demás hombres a través de retratos o de esculturas; el arte cobra así extraordinaria importancia, convirtiéndose en el medio para lograr que la fama perdure y pasando a ser un sustituto de la fe; como consecuencia, el artista se convierte en el artífice de una vida nueva, la de la gloria, la de la fama; artífice y sujeto porque a partir de ahora los creadores dejan de ser anónimos y el arte deja de tener el carácter colectivo que había tenido durante la Edad Media.

En España se observa, durante la primera mitad de siglo, un descenso y desprestigio del poder de los monarcas en los dos grandes reinos peninsulares; en Castilla reinan Juan II (1406-1454) y Enrique IV (1454-1474) y en Aragón, Fernando I de Antequera (1412-1416) y Alfonso V (1416-1458). La corona aragonesa, con este último monarca, conquistó el reino de Nápoles (1443), desarrollando una brillante política mediterránea. A partir de este momento, Alfonso V estableció su corte en Nápoles, convirtiendo la ciudad en un gran centro humanístico. En la segunda mitad de siglo, los reinos de Castilla y Aragón se unen en una sola corona con la boda de Isabel, princesa de Castilla, con Fernando, príncipe aragonés, en 1469; se iniciaba así el proceso de unificación de España.

La sociedad sigue ordenada en sus tres estamentos tradicionales: nobleza, clero y pueblo llano; aunque, como hemos comentado antes, la burguesía mercantil se extiende por toda Europa. Se produce un descenso **demográfico** por el hambre, las epidemias, plagas y guerras civiles. La situación de los judíos y de los moriscos sigue empeorando. En Castilla, el principal y casi único recurso económico es la ganadería, con la exportación de la lana; Aragón, por falta de campesinos, intensificó la producción de productos manufacturados y el comercio con el exterior.

Por lo que se refiere ya en concreto a la **literatura** esta va a ser una época crítica por la convivencia de generaciones culturales distintas. Coexisten autores que prolongan la Edad Media frente a otros, innovadores, que intentan la sistematización de un prerrenacimiento; pero, incluso en un mismo autor, pueden verse diferentes tendencias. Se sientan las bases del futuro Humanismo.

Durante el siglo XV, la literatura en la Península Ibérica se halla dividida en tres ramas y en tres lenguas distintas: la castellana, la

catalana y la galaico-portuguesa, con influencias mutuas entre unas y otras, pero con progresiva independencia de la castellana, que se singularizará por su tendencia a la concisión, la afición por lo sentencioso y el pensamiento profundo (como veremos en Jorge Manrique), la austeridad moral y la sombría visión del mundo.

Históricamente, la literatura castellana del siglo XV se produce en torno a tres reinados: el de Juan, poeta y favorecedor de las artes, de Enrique IV, durante cuyo reinado se producirán continuos levantamientos de la nobleza y el de los Reyes Católicos, que constituye el comienzo de una Nueva Edad (en la que se llevarán a cabo numerosas traducciones, vendrán humanistas a España, se estudia el latín clásico y se fundarán Universidades donde estudiar Humanidades).

El desarrollo de una nueva mentalidad se refleja en la literatura, dando lugar a nuevos temas (moralizantes, bucólicos, sátira social...) y a nuevas formas. Se da un gran deseo de aferrarse a la vida; por eso ante los hechos negativos, pobreza, enfermedad o vejez, se reacciona con una melancolía que impide a los autores cantar a la vida y al mundo. Como dice Huizinga "cuanto más apegados a la vida, más negro es su humor" este choque entre el deseo de vida y el estado del mundo y de la sociedad (peste, hambre, guerras, caídas de reyes, represiones, venganzas, etc.) conduce a buscar la superación por tres caminos:

- Poner toda la esperanza en el más allá, despreciando esta vida; pero, y en contraste con la literatura anterior, se da un deleitarse en las descripciones de las bellezas de este mundo y la consideración de la belleza femenina como obra maestra de Dios, que la creó para que los hombres le estuviesen agradecidos.
- Procurar perfeccionar el mundo mediante la perfección del hombre.
- Evadirse de la realidad hacia el mundo literario de lo heroico (crea un mundo literario irreal), lo erótico-sentimental y lo idílico (vuelta a la naturaleza).

En resumen, surgen nuevos códigos morales y nuevos gustos literarios. La nueva aristocracia crea unas cortes señoriales en la que se da cabida a poetas y literatos que en sus composiciones procuran lucir su ingeniosidad y dominio de la lengua (estas composiciones se reunirán en libros, dedicados al señor, llamados Cancioneros). Se abandona el código caballeresco y se sustituye por uno nuevo en el que la astucia, la amistad, la perfecta administración y la riqueza son las que proporcionan importancia y categoría social a quien las posee.

La introducción del Renacimiento en España se caracterizará por armonizar lo popular y lo culto (los poetas palatinos del XV recrearán canciones y romances de larga vida tradicional), por el acomodamiento de las nuevas tendencias literarias dentro de cauces

tradicionales. Una diferencia apreciable entre la lírica tradicional y la manipulación culta posterior será la tendencia a la perfección métrica frente a la frecuente fluctuación silábica de la lírica popular y la ingenuidad de las piezas tradicionales frente al general artificio de las composiciones cortesanas.

El descontento político y social se manifiesta en la literatura sobre todo en la poesía satírica, que siempre había existido, pero que en esta época adquiere especiales características (se halla muy apegada a su momento, crece en abundancia e intensidad y se distingue por ser particularista y precisa, dando detalles muy concretos de lo criticado y nombres y apellidos de aquel a quien se satiriza).

Destacan tres poetas: el Marqués de Santillana, Juan de Mena y Jorge Manrique.

Adelaida de Sárraga Gómez
IES Ronda